

recuerdos de New York por Ana Laura Caruso

Me acuerdo de que viajé por primera vez a New York a los veintiún años para ver a un chico extranjero del que estaba enamorada. No tenía vacaciones, pero conseguí un pasaje gratis y fui por un fin de semana.

Me acuerdo de que, el día en que lo conocí, anoté en mi diario: “Estornuda todo el tiempo y no usa pañuelos”. Me parecía admirable.

Me acuerdo de que quedamos en encontrarnos a las 14:30 en Park Avenue y la 57, pero terminó llegando a las 17:30.

Me acuerdo de que le dije que era muy egoísta y me contestó que ya lo sabía.

Me acuerdo de que era un día de invierno muy frío y yo tenía puestos dos sweaters, dos remeras y dos pares de medias. Él estaba con un sweater finito y un saco azul.

Me acuerdo de que le dije que había dormido sobre una manta en el piso de la cocina del avión y era mentira.

Me acuerdo de que escuchamos *My Bloody Valentine* en el auto mientras paseábamos por Times Square.

Me acuerdo de que fuimos a Chumley's, un *speakeasy* de los años veinte donde solían vender alcohol en la época de la Ley Seca. Me pedí una hamburguesa con queso y una cerveza Pumpkin Pie. Él se quiso sentar al lado mío pero la moza dijo que entorpecía el paso, así que se sentó enfrente. Al año siguiente, colapsó una de las paredes del bar y lo cerraron.

Me acuerdo de que me dijo que todas las fotos que estaban en las paredes del bar eran de gente que había ido ahí. Después me dijo que era mentira.

Me acuerdo de que la primera noche pagué todo yo, porque él no tenía efectivo.

Me acuerdo de que en el auto tenía una caja con cartas, entre las cuales había una caricatura de él con un globo de diálogo que decía: “Disculpen, chicas, no tengo tiempo para ustedes”.

Me acuerdo de que su cuarto de Brooklyn no tenía muebles porque se estaba mudando, y dormimos en el piso sobre una frazada. Me desperté con dos moretones en las rodillas.

Me acuerdo de que almorzamos en su casa sin muebles y, como no había mesas ni sillas, hizo unos fideos y los comimos parados.

Me acuerdo de que paseamos por el MoMA y él llevaba *The Captive Mind* de Czeslaw Milosz bajo el brazo. Dijo que lo había leído tres veces. No le creí.

Me acuerdo de que fui al baño y, cuando salí, había desaparecido. Ya en la calle, empecé a caminar y apareció de atrás gritando “¡Boo!”.

Me acuerdo de que fuimos a Grand Central Station para tomar un tren a la casa de sus padres en Connecticut. En vez de bajar por las escaleras hasta el andén, se deslizó sentado por la baranda.

Me acuerdo de que fuimos a un negocio donde vendían películas y me regaló *Paper Moon*.

Me acuerdo de que nos colamos en Dim Sum en el Año Nuevo chino. Era el año del cerdo; había tanto ruido que no podíamos hablar, y comimos en menos de quince minutos.

Me acuerdo de que nos sentamos a fumar un cigarrillo en las escaleras de la Universidad de Columbia bajo la nieve. Le gustaban los Natural American Spirit.

Me acuerdo de que fuimos a la librería Strand justo antes de que cerrara, a las diez de la noche, y me compró *The Cocktail Party*, de T. S. Eliot, y *Dubliners*, de Joyce.

Me acuerdo de que lloré mucho cuando nos despedimos, sobre la Quinta Avenida, y él se reía y me decía: “¿Qué van a decir en el aeropuerto cuando te vean así?”.

Me acuerdo de que, en mi diario, anoté 19 razones para no hablar más con él. El último ítem de la lista decía que se había olvidado de mi cumpleaños.

Me acuerdo de que volví a New York a los veinticuatro años con un novio y, en un momento de soledad tras una discusión, quise sorprenderlo tocándole el timbre, pero cuando llegué a su edificio no había portero eléctrico, y tampoco tenía su teléfono para avisarle que estaba abajo. Me fui de la ciudad sin verlo.

Me acuerdo de que volví a New York a los veintisiete años, en verano, y nos reencontramos en la puerta del hotel Chelsea. Me dio un abrazo muy torpe y sin querer me golpeó la pera con el codo.

Me acuerdo de que vivía con cuatro amigos en Brooklyn en el garaje de Domino, una ex fábrica de azúcar en Williamsburg. La primera vez que fui, de noche, les habían cortado la luz por no pagar. Uno de sus compañeros de piso estaba sentado en la vereda leyendo *Game of Thrones*. Adentro no se veía nada, y sólo a la mañana siguiente pude entender cómo era el lugar.

Me acuerdo de que hacía mucho calor y durante siete días mi desayuno fue un café helado en Grumpy's.

Me acuerdo de que fuimos a tomar una cerveza a The Frying Pan, un bar sobre un bote anclado en el río Hudson, y, cuando nos paramos para irnos, empezaron a tirar fuegos artificiales.

Me acuerdo de que fuimos a Koreatown y me obligó a comprar unos vasitos de cerámica con dibujos. Más tarde, al bajar de un taxi, se le cayeron al suelo y quedaron todos los pedazos rotos sobre el asfalto.

Me acuerdo de que dormimos en una habitación de un hostel que era tan ruidosa que la bautizamos Grand Central Station.

Me acuerdo del partido de los Yankees en el estadio del Bronx. Habíamos comprado dos vasos de cerveza y dos Bloody Mary. Llovía y empezamos a ver el partido bajo el agua, pero se hizo tan largo que nos fuimos antes de que terminara. Nunca me enteré del resultado.

Me acuerdo de que se acercó a un policía en el Central Park y le avisó que tenía la bragueta baja.

Me acuerdo de que compramos un disco de James Brown en un local de vinilos en Brooklyn, Earwax Records, que tenía un dueño argentino que colgaba tapas de discos seleccionados en las paredes y pegaba una nota explicando por qué los recomendaba.

Me acuerdo del restaurante Diner en Williamsburg. El salón principal era un vagón de tren reciclado y la moza anotaba el menú en el mantel de papel de la mesa.

Me acuerdo de la hamburguesa de JG Melon, una de las mejores que probé en New York.

Me acuerdo de los *gnocchi* gorgonzola del restaurante Pepe Giallo.

Me acuerdo de que cenamos en Café Moto, en Brooklyn, y había dos hombres tocando el banjo. Se sorprendió durante la comida cuando le dije que nunca había visto *Tiempos modernos* de Chaplin.

Me acuerdo de que fui sola a ver una película al aire libre en el Brooklyn Bridge Park y resultó tan mala que decidí volver al hotel. Desde el taxi, lo vi de casualidad mientras ataba su bicicleta a un poste de luz en la calle.

Me acuerdo de Zeljko, un músico que nunca se separaba de su rottweiler y usaba unos anteojos de leer atados con alambre y arriba de ellos un par de anteojos de sol, también atados con alambre.

Me acuerdo de una fiesta en Bed-Stuy en la que había que ingresar a través de una carpa donde filmaban a los que llegaban y, en simultáneo, proyectaban el video en el patio trasero.

Me acuerdo de que bailamos *Leave Me Alone* de New Order en una casa de Bushwick y después me tiraron el tarot. Me salieron el mundo, el sol y el rey de bastos.

Me acuerdo de que escuchábamos siempre el tema *Sitting in da' park* de los Zombies. Se trataba de un hombre que esperaba a una mujer en un parque aunque sabía que ella nunca iba a llegar.

Me acuerdo de que pedimos deseos en el aljibe del Chelsea Market. El mío fue volverlo a ver. Se cumplió cuatro meses más tarde, cuando viajó a Buenos Aires.

Me acuerdo de que su viaje a Buenos Aires fue un desastre y pensé que no lo iba a ver nunca más.

Me acuerdo de que volví a verlo a los veintinueve años, cuando viajé otra vez a New York.

Me acuerdo de que alquilé un departamento en el East Village: estaba lleno de velas con forma de calavera y el dueño de casa tenía un diploma que decía que era mago. Su nombre de brujo era David Immergluck.

Me acuerdo de que recorrimos el Central Park en auto mientras escuchábamos *Native New Yorker* de Odyssey.

Me acuerdo de su departamento en Chelsea. Como daba al contrafrente, tapaba las ventanas de su cuarto con mapas para que no lo vieran los vecinos.

Me acuerdo de que le gustaba el collage.

Me acuerdo de que cantaba *A Gift*, un tema donde Lou Reed decía que era un regalo para las chicas de este mundo.

Me acuerdo del desayuno en La Bonbonniere con una amiga de él que se llamaba Sasha y tenía una perra que se llamaba Ramona, pero yo había

entendido que era al revés. Le dije Ramona durante toda la mañana, y ellos no me dijeron nada hasta que salimos del bar.

Me acuerdo de que una de sus amigas me contó que su marido había desarrollado pánico a volar jugando al Flight Simulator.

Me acuerdo de la *carrot cake* de Junior's: traía espaditas.

Me acuerdo de que en Beacon's Closet, una feria americana, nos encontramos con una actriz argentina, y él me hizo saludarla y presentarme. Al día siguiente me la volví a cruzar en el Meatpacking District, y ella comentó que la estaba persiguiendo.

Me acuerdo de que compramos dos cervezas en Duff's, un bar heavy metal, y salimos a tomarlas a la calle. Enseguida apareció un policía vestido de civil y nos confiscó las dos latas.

Me acuerdo de cuando probé *litchi* en Chinatown. Tenía el mismo sabor que una uva verde.

Me acuerdo de la última vez que lo vi. Habíamos ido a Small's a escuchar jazz. Yo había estrenado un vestido blanco y a él se le volcó una copa de vino tinto encima.

Me acuerdo de que fuimos a tomar algo a la terraza del Hotel La Quinta y le pedimos a una pareja de coreanos que nos sacara una foto con el Empire State de fondo. Salimos los dos riendo con gestos raros en la boca.

Me acuerdo de que, cuando nos despedimos, me subí a un taxi y le dije al conductor: "Cuidado, es peligrosa".